



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EL DERECHO A LA VIDA



—Voy á las casas, cuento historias lastimosas y nadie me hace caso ni me da una peseta. ¡Desde mañana voy á decir que soy Hermanita de los pobres!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Romance del ciegucecito, por Edoardo Bastillo.—Trabajos preparatorios, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Ciria.—En una casa de préstamos, por José Jackson Veyan.—La costurera, por Sinesio Delgado.—¡Oh temporal, por Vicente Días de Tejeda.—Chismos y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El derecho á la vida, por Cilla.—Después del estreno, por Mesochis.—Confidencias, por Cilla.



Hace tanto frío, que la gente se queda en casa por las noches y no asiste á los teatros, ni visita los escaparates, ni toma café en los establecimientos públicos.

Los esposos, después de comer en santa paz, piden las zapatillas, se las ponen, colocan los pies sobre la alambrería del brasero y se deciden á pasar la noche en el hogar, recordando sus pasados días de ventura.

—¡Ay, Juliana!—dice él.—¡Qué tiempos aquéllos! Entonces tenías otro color y otra frescura. Acuérdate de cuando fuimos al baile de la Zarzuela, que llamabas la atención, y quiso abrazarte en mis barbas un bastonero.

—No me lo nombres. Aún me parece que te veo con la cara hinchada.

—Sí, á causa de la irritación que me produjo aquel pillo.

—No, á causa de los bofetones que te pegó detrás de una puerta. ¡Cuánto me querías entonces! No eres así ahora, que te vas por ahí de francachela con los amigos á gastar el dinero en cosas inútiles.

—No seas tonta.

—Pues qué, ¿no te han visto las de Tomelloso tomando agua y aguardiente en Recoletos? Así traes después á casa ese olor, que huele lo mismo que la lamparilla de espíritu de vino.

La velada suele comenzar en paz y en gracia de Dios, pero poco á poco se van enzarzando las cosas. El esposo acaba por meterse en el lecho echando chispas, y ella se va á echar los garbanzos en remojo, maldiciendo su suerte por el camino.

—La culpa la tengo yo, por ser una santa. Habías de dar con otras mujeres que yo conozco, y ya verías lo que era bueno. Me ve hecha una negra, y no es para compadecerme; aun ayer mismo me pasé el día esterando, con ayuda de D. Celedonio, el cuñado de la portera, que había subido á ver cómo seguía el jilguero, y al verme atareada me echó una mano.

El esposo se pone á tararear el *Riquitrum* cara á la pared, y ella acaba por meterse en la cama refunfuñando.

—¡Quita de ahí esos pies, que parecen dos vasos de refresco!—dice el marido, furioso.

—¿Tengo yo la culpa de que se me hayan enfriado?

—Pues recógelos todo lo que puedas.

Aquella noche el matrimonio se la pasa toda entera dirigiéndose insultos, hasta que él, fuera de sí, salta de la cama, se envuelve en un gabán viejo, introduce los pies en las zapatillas y se tumba sobre el sofá del gabinete, jurando como un demonio.

Ella rompe á llorar, con la frente hundida en la almohada, y recuerda su vida de soltera, cuando iba con su mamá á las reuniones y tenía siempre algún joven que la brindase con su mano.

—¿Por qué habré conocido á este hombre?—murmura.—¿Por qué le di calabazas á Pepito Cabestrin, que era un alma de Dios y estaba siguiendo la carrera de relojero? Aquél sí que me hubiese hecho feliz. ¡Un hombre que iba á casa todas las noches á jugar al tute con mamá, sólo por complacernos, y siempre que

nos mudábamos venía á armar el aparador y á clavar las perchas y á ponernos hurlate en las ventanas!...

El marido no contesta, pero sigue rubiando y maldiciendo el día de la boda, hasta que no puede más, y se dirige al balcón con ánimo de arrojarle á la calle en paños menores; pero lo piensa mejor y decide lavarse.

¡Qué noche, qué noche aquélla!

—Y todo por qué? Porque el esposo, temiendo al frío, ha renunciado á su tertulia del café, entregándose á las dulzuras del hogar.

No conviene, pues, quedarse en casa las noches de invierno. Lo mejor es irse al saloncillo de un teatro, donde no falta nunca conversación y alegría, y donde no le cobran á uno nada por el asiento. Allí acude la gente de chispa, y allí van también muchas personas serias ajenas al arte, que dicen filosóficamente:

—Si me había de estar en casa disputando con mi mujer ó temiendo que soportar al novio de mi cuñada, prefiero venirme aquí á ver lo que se dice y á codearme con los genios.

Entre las personas que acuden á los saloncillos estas noches crueles, figura en primer término D. Facundo, á quien nadie conoce más que por haberle visto en todos los escenarios estorbando á los maquinistas, ó en el cuarto de los actores leyendo *La Correspondencia*.

—Buenas noches, señores—dice al entrar, y todos le miran con cierta indiferencia.—¡Vaya una noche que hace!

—Sí, fresquita—suele contestar alguno.

—Pues yo vengo de Eslava y hay poca gente. No sé dónde se mate este año el público, porque es lo que yo digo: si no va uno al teatro, ¿adónde va? El hombre necesita expansión, porque se pasa el día trabajando y justo es que por las noches tenga algún regocijo. Lo que le digo yo á mi mujer: quitame el teatro y me has partido por el eje.

Don Facundo habla por todos, sin que nadie le conteste; pero él no se pica y está deseando que se inicie una conversación cualquiera para meter baza y llevarle la contraria á alguno.

—No, no es verdad lo que usted dice—exclama;—dispense usted, pero cuando se estrenó *La campana de la Almudaina*, estaba yo en el escenario junto á la primera caja de bastidores; por cierto que se me cayó encima un carpintero desde un varal, y tuvieron que llevarme á la contaduría y lavarme el pescuezo con agua y vino.... Pues bien, aquella noche se aplaudió toda la obra, y llamaron al autor, y yo, precisamente, le tuve el gabán mientras saludaba al público; tanto que él me tutea desde entonces, y por poco me saca de pila á un niño que tuve....

—¿Quién es este hombre?—se preguntan los concurrentes al saloncillo.

—Se llama D. Facundo—dice en voz baja el primer actor.

—Pero ¿qué es?

—Nadie lo sabe; quien creo que le conoce es Rodríguez.

—¿Yo?—contesta el aludido.—Yo sólo le conozco de verle aquí todas las noches.

—Creo que es boticario—dice uno.

—Más bien parece militar, porque tiene una cicatriz encima del ojo derecho.

—No es cicatriz, es un grano.

—Fíjese usted bien, es cicatriz.

—Es grano.

Hasta la hora presente no se sabe quién es D. Facundo, ni se sabrá nunca; pero yo creo haber averiguado su verdadera condición.

Don Facundo es un hombre que se ha propuesto pasar la vida de la mejor manera posible, y acude á los teatros huyendo del frío y de su señora.

Sin tener que desembolsar una peseta.

LUIS TABOADA

ROMANCE DEL CIEGUECITO

Este es Amor, el nacido de las entrañas de Venus; el que, con el mismo Júpiter, trajo el Olimpo revuelto: el que alas daba á Mercurio y dioses armó con cuernos, y un árbol hizo de Apolo y hundió en el abismo á Orfeo;

el incendiario de Troya y aquel corruptor de imperios que esclavos hizo de esclavos á entronizados guerreros.

Es este mismo muchacho que nos retratan en lienzos, sin pelo y sin lazarillo y tan desnudo y tan ciego.

Sus flechas lleva en la aljaba,
guíale su mal intento,
son sus ojos sus malicias
y son sus blancos los pechos.
Mas ya no tira tan alto
y hoy gatea por los sedas,
olvidado de sus triunfos
entre romanos y griegos.

Ya no achica á los gigantes,
ni salva en mujeres pueblos,
ni hace polvo las coronas,
ni traeca en sayas oetros.

El rapaz echó ya á risa
lo que tomó por lo serio,
y hoy son del rufián harapos
los que eran del dios trofeo.

A salto de mata corre
con cartilas de fallero,
y en el campo las amarra
y en la ciudad suelta el pelo.

Con codiciosa hermosura
nos trastorna al rico viejo,
que va del tálamo al túmulo
por sus pasos y sus pesos.

Con chales de frac enlaza
á la esposa del banquero
que, con oro del marido,
compra al amor el secreto.

Ocios divierte con Bano
y la ocha de mantero
y no paga nunca el vino
y al placer cobra derechos;
y, vividor por lo guapo,
entre bofetada y terno,
cubre á costa de sus chales
gusto y gaslo al mismo tiempo.

Lleva al altar á dos veces
con engaños del deseo,
por ver que acaba en mordiscos
lo que se juró con besos;
y, sáfico vergonzante,
profana á traición colegios,
y hace de sí mismo escarnio
con trocatis de sexo.

Y éste es aquel pingüecito,
el propio chico de Venas,
que, habiendo llegado á tanto,
no puede venir á menos.

EDUARDO BUSTILLO.

TRABAJOS PREPARATORIOS

(DIÁLOGO CURSI)

—Hija, tu padre ha escrito.

—¿Qué te cuenta?
—Que el domingo termina sus excursiones,
pues la vida del campo ya le revienta
y desea que empiecen nuestras reuniones.
Dice que no invitemos á las de Guagua,
ni que vengan tampoco las de Sanlúcar,
porque todas las noches nos piden agua
y, cuando beben agua, piden asfear.

No quiere que concurren las de Perucho
y menos la sobrina del boticario,
porque como son chicas que bullen mucho,
rompen con los vestidos el mobiliario.

Dice que prescindamos de la camilla,
pues le asustan las faldas de su tapete.

—Y en dónde la ponemos, en la guardilla?

—Eso es quitar encantos al gabinetito!
—Encarga que cuidemos de sus macetas
y, además, que compremos hoy en el acia
un *choubershi* en buen uso por tres pesetas,
para que esté el recinto más *califate*.

—Pues señor, á mi padre nadie le iguala,
y dirán que no tiene desprendimiento!

—Luego habla del piano que está en la sala,
y con razón me dice que el instrumento
requiere composturas muy esenciales,
porque está el pobrecillo de tal manera
que le faltan las notas y los pedales
y ni tiene macillos ni tapadera.

Dice que en día de éstos hagamos cola
y peguemos lo que haya *desapegado*;

sobre todo, el boliche de la consola
y el sillón de vaqueta desventajado.

En fin, quiere que todo lo preparemos
para que estén brillantes nuestras reuniones,
que la estera de pita la remendemos
y que no haya en los trastos matilaciones.

—Y dejarás que venga mi navío Casto
á gozar de estas fiestas entre nosotros?

—No, porque á mí me consta que, aunque es un trasto,
no tiene compostura como los otros.

—¡Mamá, qué cosas tienes!

—Pues no lo admito.

—Es algo despegado... y hay que animarle.

—¿Qué es despegado dices?

—Y lo repito.

—Entonces no hay tu tía, debó pegarle.

—¿Cómo! ¿Pegar al ángel de mis amores?

—¿Por qué, manita mía?

—Por... casi nada.

Porque, por un descaído de sus mayores,
vive con la vergüenza desencolada.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

El Sr. Cánovas ni se dobla ni se rompe; ni se rinde ni se arripianta. Está empeñado en ser un curso *moral y político*, y lo consigue. Todos los años por este tiempo lee su discursito en el

Ateneo y allí va una ciencia más al diablo; todo lo toca, todo lo mancha, y como dijo un autor, el Sr. Cánovas hace de todo saber de *elección*, con toda rama de la ciencia humana... lo que los perros con las esquinas.

El año pasado nos dió Cánovas un trabajito muy recortado y muy vulgar, digno de un mediano estudiante que lee su tesis ante el tribunal del doctorado. Se trataba entonces de materia meramente política, casi se reducía el trabajo de Cánovas á extractar un libro nuevo, que todos los aficionados á estas materias habían leído, y anda con Dios! el discurso podía pasar... al archivo de las cosas insignificantes. Lo que distinguía el opúsculo de D. Antonio era... lo único que da unidad á todos sus escritos, el estilo perro y el régimen endiablado.

Este año la obra de D. Antonio ni siquiera es digna de un estudiante mediano. Hoy, cualquier joven que escribiera el discurso del doctorado tratando la llamada *cuestión social*, ó siquiera, y más correctamente, la *cuestión obrera*, pondría mayor diligencia en procurarse fuentes nuevas é interesantes, que el Sr. Cánovas ha dejado en perfecto olvido. Tratar en el año de 1890 la cuestión obrera con citas de autores franceses exclusivamente, refiriéndose á los alemanes por tabla, ó sea por el manoseadísimo Cosumano y... por el Sr. Escartín, francamente, es demostrar demasiada pobreza de estudios preparatorios. Y estas citas de Blanqui, de Baudrillat, de Mauricio Blak y otros así son del presidente del Consejo de Ministros, de D. Antonio Cánovas del Castillo, que se hace llamar sabio en la *Deutsche Rundschau* y en la *Revue des Deux Mondes*, etc., etc.

El Sr. Cánovas, que llama *escritores económicos* á los que tratan de economía (más valiera llamarlos *economos*, como un ricacho de mi pueblo), nos recomienda, como si fuéramos chicos de la escuela, las obras de Cosumano y de Escartín para que nos enteremos y seamos sabios como dioses, ó por lo menos como Cánovas. Tantas gracias, D. Antonio, tantas gracias, pero tememos que se nos indigeste tamaña sabiduría. ¡Cosumano, Escartín, ahí es nada! No, no probaremos la fruta del árbol del bien y del mal. Pero, recomendación por recomendación, ¿por qué no se da una vueltecita D. Antonio por la gramática y por la retórica? ¡Hay cada manual, como el del *económico* Cosumano, que se lee en un periqueto!

Es claro que yo no voy á tratar aquí de la cuestión obrera con motivo del discurso de D. Antonio. *Clarín* no hablará jamás de ciencias morales y políticas, y en punto á las relaciones del trabajo y el capital me limito á creer que son pura conversación esas comisiones para resolver la *cuestión social*, que unas veces preside Moret y otras veces preside Cánovas.

Después de todo, el discurso de D. Antonio no tiene sintaxis, acaba por no decir nada; y si algo dice, es que los obreros deben andarse con ojo, porque si se extralimitan y no se contentan con ser obreritos para casa de los conservadores, morigerados, dignos de que los cante D.^a María Simés de Marco ó D. Teodoro Guerrero; si se atreven á pedir gollerías... le huele á Cánovas que va á haber palos. Esa es la síntesis. Nada entre dos solacismos.

Lo que á mí me importa en el discurso de Cánovas no es el fondo, ó el *bajo fondo*, como diría un traductor, sino la forma.

El discurso comienza así: "Va á hacer estos días veinte años (*un día de estos*, quiso decir, hará veinte años; pero le pareció el giro demasiado familiar y prefirió reemplazarlo por un disparate; porque el vigésimo aniversario de la fecha que usted conmemora es un día determinado, no *estos días*) que tomé aquí asiento por vez primera (señalando, supongo yo, al sillón presidencial, porque si no puede entenderse el *aquí* por el Ateneo ó su cátedra; decir *aquí* para indicar el lugar en que descansan las posaderas, que diría Sancho, ni es muy propio ni muy decente) y con el propio fin de iniciar vuestras tareas anuales (*nuestras* hubiera sido más propio, porque nadie inicia las tareas de los demás). *Ocupáballo* con harta más desembarazo que hoy... Vamos despacio: ocupáballo ¿el qué? el sustantivo masculino más cercano es el propio fin. ¿Ocupaba el fin? No; el asiento. Cánovas no sabe que hay *antibología aquí* (en el asiento), porque ni el asiento es lo inmediato ni el sujeto de la oración anterior. ¿Pero qué sabe él de estas cosas!

"Ocupáballo (el asiento) con más desembarazo que hoy. Observe el Sr. Cánovas lo poco poético y aun lo poco elevado del tropo que emplea. Es claro que el asiento *aquí* representa otra cosa, es un signo en vez de la cosa significada; pero ¿no pudo escoger cosa mejor que el desembarazo ó embarazo con que se sienta? ¿No ve que los maliciosos podían llegar hasta creer que *hace veinte años estos días* no tenía usted almorrana y ahora sí? Ello va á ser que ahora está usted menos cómodo porque es presidente del Consejo de Ministros... ¿Pero qué tiene que ver el asiento con eso? Los tropos sirven para llevar la imaginación de lo abstracto á lo gráfico, á lo plástico... ¿Quiere el Sr. Cánovas que nos representemos las *espaldas* del poder colocadas sobre el asiento y debajo del Sr. Cánovas?..."

"Sin que de mi doctrina esperase ó temiese nadie aplicaciones prácticas..."

Sobra la disyuntiva ó, porque no es incompatible esperar y temer; el que teme un palo también lo espera.

Más que reprehensible aún, sería innecesario (quiere decir inútil) que *defentase* hoy esta cátedra con fines personales de ningún género... Cánovas no sabe lo que significa *defentarse*; es un

DESPUES DEL ESTRENO



—Es usted la primera tiple de España; pero esa pobre característica... ¿ha visto usted qué mala es la característica?



—Es usted la primera característica de España; pero esa pobre tiple... ¡vaya una tiple!



—Amigo Villegas, en la escena entre Medrano y usted, si no es por usted se hunde Medrano.



—Amigo Medrano, en la escena entre Villegas y usted, si no es por usted se hunde Villegas.



—De los hombres estoy satisfecho; pero ese coro de señoras... ¡es un coro de grillos!



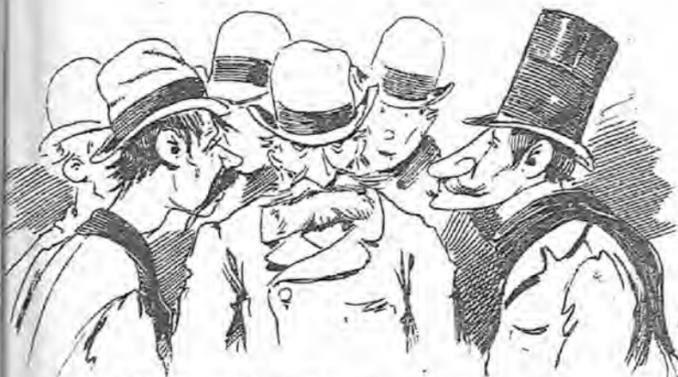
—Pero ¿qué quieren ustedes que suceda con semejante coro de hombres?



—No, si usted ha dirigido la obra como es debido; pero como la empresa no ha gastado un cuarto...



—Vea usted, la empresa tira un dineral por la ventana, y va el director de escena y lo echa a perder todo...



—El compañerismo debe estar entre los que empezamos. ¡Abajo los ídolos!



—De ustedes espero yo la protección, porque entre la morralla que empieza no hay más que envidias...



—¡Valiente autorito y valiente mamarrachada la que nos ha saltado esta noche!

término *ferreus*, según el Diccionario, que sólo significa retener lo que no nos pertenece, y hablar en una cátedra de lo que no es en ella oportuno será profanarla, mancharla, lo que Cánovas quiera, menos detentarla.

En un párrafo muy largo empieza D. Antonio todos los colores, y son muchos, con esta frasecilla del mejor gusto: "porque esto de que... porque esto de que..." y en seguida: "Pero á todo esto... Así, así, venga poesía. ¡Y á esto lo llaman gran orador!" "Los hombres de ahora cumplirán, en toda su extensión, con el respectivo deber... Que venga Dios y vea si esto no significa que los hombres van á cumplir su deber... de los pies á la cabeza: en toda su extensión.

Habla D. Antonio de obligaciones que corresponden á la teosofía, á la filosofía espiritualista y á la ciencia del Estado. Primeramente, las ciencias no tienen obligaciones, ni siquiera de esas obligaciones éticas de que usted habla más adelante (como si todas las obligaciones no fueran éticas además de lo que puedan ser por razón de su materia). Después no hay ninguna ciencia que se llame filosofía... espiritualista. Y por último, la teosofía no es lo que usted quería decir ahí; la teosofía es un modo especial de teología ó teología, que es lo que usted quiso decir. Y si no, consulte el Diccionario de ustedes, que sólo admite teosofía por teología como arcaísmo. "La caridad cristiana y su remedo el altruismo... El altruismo no es remedo de nada; es el nombre especial que Comte dió á la característica moral opuesta al egoísmo. De la filantropía (puesta en ridículo en el siglo pasado por el *Philanthropium* de Basedow y otros) se dijo eso de ser remedo de la caridad; pero el altruismo ¿qué tiene que ver?

¡Qué pedante y qué ignorante, todo junto, es D. Antonio! Una y otra vez, al hablar del dominio según la tradición del *dominium* romano, el de los quirites, lo llama la propiedad justinianca (justiniana, que diría Barrantes). Ese epíteto le parecerá á él muy de sabio, le llenará la boca... pero es impropio, pues ese carácter de absoluta que tiene la propiedad romana, no le viene de Justiniano, sino del tiempo del derecho estricto; cuanto más atrás vaya, más *quiritaria* encontrará la propiedad, hasta llegar á la exclusiva propiedad civil de las cosas *mancipi*... ¡Un pedante hace ciento! ¡De qué cosas le obliga á uno á hablar D. Antonio por su afán de meterse en ángulos y arquitecturas!

Y basta... Cualquiera persona de mediana cultura llega á sentir hasta náuseas ante el tristísimo espectáculo que dan tantos majaderos españoles empeñándose en que veamos un sabio de ley en el hombre que ha demostrado en todas y cada una de sus discursos que su sabiduría se reduce á la vana *"nichweiser"*. (*non multum, sed multa*) que tantos estragos causa entre los bachilleres; en el hombre que no abre la boca sin que diga un desatino, y que si habla en latín, dice cuatro desatinos en cada palabra.

CLARÍN.

EN UNA CASA DE PRÉSTAMOS

(DIÁLOGO)

—¿Cierra usted, por compasión!... voy á lucir?... Blanco encaje
Si aquí me ven, me desdora.
¡Como soy una señora
de elevada graduación!
Si hoy al fin me he decidido
á venir, es porque... vamos...
Por unos tiempos cruzamos...
¡Si viviera mi marido!
Me parece que fué ayer
cuando... ¡Qué suerte tan mala!
¡No llegar á general!
¡Morirse de brigadier!
Y eso que yo le decía:
«¡No te mueras, hombre: espera
el ascenso!...» Si él viviera,
¡ay! nada me faltaría.
Gracias á las diversiones
y á este Madrid que enamora,
y á que soy una señora
de muy buenas relaciones.
Así el mal humor se pasa,
y alterno con lo primero...
Tres títulos y un banquero
son visitas de mi casa.
Con la nobleza me trato;
me hace el oso un lord inglés,
y los miércoles *doy les*...
—(¡Claro, que es lo más barato!)
—Mi *breve discurso* empiezo.
—(Poca largo el *exordio* ha sido.)
Hoy á comprar he salido
para un baile un aderezo.
Es sencillo: una amatista
con perlas, formando cruz;
pero luego, con la luz
y el peinado, tendrá vista.
¡Pobre marido!... ¡Ay de mí!
¡Y si viera usted qué traje

sobre falda carmesí,
lazos caña y verde mar.
—¡Bien!
—Amarillas las flores.
—Y azul...
—¡Los siete colores!
Justo, el espectro solar.
Tengo gusto y no soy vana,
no señor: lo que es mis trajes
cambian de visos y encajes
siete veces por semana.
Hago mil transformaciones
hasta llenar mis deseos.
¡Ni el personal de Correos
sufre más alteraciones!
Pero yo le estoy contando...
¡Y usted por qué no me corta?
Porque á usted ¿qué se le importa
todo lo que estoy hablando?
—(¡No hay paciencia que resista!...)
—Bien, pues con mi asunto empiezo.
¡Sabe usted que el aderezo
quieren que pague á la vista?...
Y eso que, mostrando queja,
dije que era conocida.
¡Doña Mercedes Torcida,
la viuda de Candileja!
A no ser la precisión
de ir al baile, nunca diera
este paso, que cualquiera
daría en mi situación.
(*Enjugándose los ojos.*)
Ese estraje mire usted,
porque yo siento un vahido...
Son cruces de mi marido,
y de precio.
—Ya se ve.

—En las piedras no hay engaños.

—De inteligente me tildó.

La de San Hermenegildo,
ésta indica muchos años
de servicios, y leales.—Querriéndosela empeñar,
¿daría?...
—Podría darpor ella doscientos reales.
—¡Esa cruz!... ¡Está usted loco!—No; cuanto más distinguida
encuentra peor salida.
¡El mérito abunda poco!—Al verla, mi amor sincero
con pena bien manifiesta
recuerda... ¡Oh dolor!... ¡Y esta
placa de Carlos tercero?
Son diamantes.—A mi ver,
puedo dar más.
—¡Sí! ¡Qué escucho!—Esta cruz abunda mucho
y es más fácil de vender.—Siento una pena... Este asunto
me cuesta una enfermedad.Conque, amigo, la verdad,
¿cuánto valdrá todo junto?
—Valor, para mí, se entiende,
sólo vale unos cuarenta
duros.

—¡Jesús y qué afrenta!

—Usted *empeña*, no *vende*.

—Vamos, siquiera mil reales.

—Por ser usted...
—Convenido.—(¡Y hay quien quiera ser marido!...)
Voy á...
(*Sentándose á la mesa.*)—Justos y cabales.
—Bien.—Desde aquí al diamantista,
y esta noche hago furor.
¡Pobre esposo! ¡Qué dolor!Tendré un gran golpe de vista
con mi aderezo.
—Ahí estánla papeleta y su importe.
—Si algo se ofrece en la corte,

doce, quinto, Jorge Juan.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LA COSTURERA

Yo me llamo Pilar, tengo veinte años,
me han dicho muchas veces que soy linda,
y vivo en sotabanco, á tal altura
que sólo queda el cielo más arriba.
Me paso alegremente la existencia
cosiendo calzoncillos y camisas...
monotona labor que me produce
de seis á siete reales cada día.
No como nunca carne, ¡está tan cara!
no tengo más que un traje de lanilla,
ni quiero más amor que el del trabajo,
que el día que me falte me fastidia.
Cuando, muerta de frío, por la noche,
á la luz vacilante y mortecina
de la vela de sebo que me alumbraba,
puedo ver la tarea concluida
y me meto en la cama, comparable
á los chorros del oro por lo limpia,
tomo un vaso de leche adulterada,
que es todo mi regalo y mi delicia,
y durmiendo tranquila y satisfecha
disfruto un sueño igual al que tendrían
los ángeles que cantan en la gloria,
única vecindad que tengo encima.

Hace unas cuantas noches, cuando salgo
de entregar la labor, junto á la esquina
me asalta un caballero respetable
por su cabello blanco y sus patillas.
Me habla de muchas cosas, de pendientes
y chales y vestidos y sortijas,
y dice que es tan fácil adquirirlos
que los puedo tener cuando los pida.
¡Miserable canalla! ¡Quiere, en cambio
de esas joyas y galas que me brinda,
que abandone este ajuar, que represente
un capital de insomnios y fatigas,
y el sublime placer, el santo orgullo
que siento al concluir cada camisa,
y el sagrado recuerdo de mi madre,
que al verme honrada se murió tranquila!

SINESIO DELGADO.

IOH TÈMPORA!...

Pasaron felizmente aquellos tiempos
en que hablaban raposas y gallinas
y pájaros y flores y arroyuelos
y cigarras y hormigas.

Si hoy, durante la clásica tertulia
con que tu madre obsequia á tus amigas,
hablase la camilla de tu casa...
¡buenas cosas diría!...

VICENTE DIEZ DE TEJADA.



Solución al jeroglífico del número anterior:
Admirar rompecabezas es ingenioso entretenimiento.

No puedo resistir al deseo de copiar el siguiente sueto de *La Iberia*, que huele á contaduría de teatro:

«La empresa de Eslava, viendo que la cosa no daba, ha retirado del cartel la obra estrenada hace pocas noches con el título *Uno y repique...* ¡Cielos! La empresa de Eslava, viendo que la cosa no daba....

Esto ya no es escribir en mangas de camisa, sino sin camisa siquiera. Y una falta de respeto al autor de que no había ejemplo hasta ahora. ¡La cosa no daba!
 ¡Calle usted, por Dios!

Las cigarreras Paz Tuero y Pura Pérez y Alférez trabajan con gran esmero, Paz para pitillos, pero para puros Pura Pérez.

En el Teatro de la Comedia, durante la representación, se quemó una vara de lienzo.

Con este motivo el Gobernador ha pasado una comunicación á las empresas, prohibiendo, entre otras cosas, que haya en los escenarios más gente que la *absolutamente precisa para mover las decoraciones*.

¡Lo que tiene meterse en camisa de once varas!
 Del texto se desprende que el Sr. Gobernador se figura que las comedias las hacen los tramoyistas y que, no siendo ellos, todo el mundo está allí demás.

Y vamos á ver, ¿con qué derecho interviene la autoridad en el régimen interior de un teatro?

Porque, ya en ese camino, podía decirme á mí qué visitas debo recibir y á quiénes he de decir que no estoy en casa.

Para evitar que se me quemé el hollín de la chimenea.

Un bribón y un hombre honrado murieron la misma tarde, y antes de un año ya estaban los esqueletos iguales.

Cuando pasaste en el coche llena de galas y joyas, una te llamó perdida.... ¡una de esas envidiosas!...

ANSELMO GUERRA.

Nuestro compañero D. José Estremera acaba de publicar un precioso libro titulado *Fábulas y cuentos*, en el que se ofrecen á los paladares delicados los sabrosos frutos del ingenio.

Tan gran éxito ha tenido la obra, que está agotándose la primera edición.

Los pedidos de ejemplares pueden dirigirse á la librería Gutenberg, á la Administración del MADRID COMICO y á las principales librerías. Precio, 2 pesetas.

No sabe qué es poesía, pero le llaman poeta desde que hizo unos acrósticos y se dejó la melena.

GERARDO ÁLVAREZ.

Copia de los *Artes útiles*:

«S. C. 42 d. es horrible. Sigo muy mal. P. P.»
 Sí, P. P., sí; ¡sígueme muy mal... de la cabeza!

De un folletín:

«...el sitio en que atalayaba Corentino...»

¡Atalayaba! Vocablo nuevo y muy apropiado para una fuga de consonantes.

A todos vas diciendo, Leonora,
 con no poca arrogancia,
 que me amaste el espacio de una hora.
 ¡El cielo premie, hermosa, tu constancia!

JAVIER FLORENTÍN.

Libros:

Pensamientos se titula un libro de D. Alfredo de la Escosura, que prueba con ellos ser un correcto escritor y haber hecho un estudio profundo del corazón humano.

Los políticos de Palencia y su provincia, por D. Donato González Andrés. Hemos recibido el cuaderno 10 de esta importante obra.

A la candorosa Lola preguntó el cuco Matías:
 —Si te encontraras tú sola con un bandido, ¿qué harías?
 —Desmayarme de co con la mayor inocencia, dejando el resto al cuidado de la sabia Providencia.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. A. H.—Confesemos que está bien escrito, pero que no es de la índole del periódico.

Arbey.—No haga usted sonetos en las bodas de los amigos, porque ¿qué va usted á decir de nuevo? ¡Nada absolutamente!

Dos Pitágoras y un Orestes.—Y digo lo mismo de las filosofías de un soltero. Están agotadas á estas horas.

Sr. D. J. G.—Cádiz.—¡Qué diablo! Voy á publicarlo. Ahí va:

Á PERAL

Esperanza trabajo y ciencia
 has perdido en un segundo,
 ya la ciencia en este mundo
 no le sirve á la experiencia
 de un talento tan profundo.

¡Esa quistilla es lo único que le faltaba al inventor del submarino!

Deusdedit.—Malita es y ¡santo Dios! ¡qué mal andamos de ortografía!

Gavián.—Es que no puedo contestar á todo el mundo; pero si se hubiera admitido, ya tendría usted noticia.

Un ser humano.—Que escribe endecasílabos como si no lo fuera.

Central-Turralde.—Dos advertencias cariñosas: no se dice *ajunta*, sino *ajunta*, y el verso «sabe Amparo que yo me engrfo» no tiene once sílabas. Y trata de tenerlas, que es lo más lastimoso.

Sr. D. A. E.—Huesca.—No, señor, no están bien. Están rematadamente mal. ¡No las hay peores!

T. K.—Sin que esto quiera decir que los de usted puedan pasar en ninguna parte.

Sancho Panza.—Tengo el arca del diluvio con la coleta del *Tato*, de Pio quinto el retrato hecho en lava del Vesubio.

¡Hubo un tiempo, feliz é independiente,—en que eso le gustaba á mucha gente!

Enin Bajá.—Lo primero que hay que hacer es medir los versos.

Sr. D. F. L.—Madrid.—¿Cree usted que servirá? Pues no comulgamos en los mismos ideales.

K. nu T.—No tiene usted noción de los consonantes, ó procura disimularlo.

Madero.—Y usted no sabe contar las sílabas y no procura disimularlo siquiera.

Aibert Guy.—Las coplas de esa clase han de tener gracia y muy marcado el ritmo. Si no resultan pesadas.

Sr. D. J. C.—Madrid.—Pero ¿usted no ha observado que cambia el acento cuando le parece, y á lo mejor se olvida por completo? ¡Eso no se puede hacer en un romance... porque no queda tal romance!

XXX.—No hay que abusar de las trasposiciones, porque acaban por hacer daño.

Sr. D. A. G.—Madrid.—¡Diantre! Pues... no lo entiendo.

Sansimplé.—Verdaderamente es mediano.

Firileadro.—Y eso también.

Badenough.—Venga la firma. ¡Gracias á Dios que lo digo una vez!

Bascañana.—¿Conque acrósticos á Estrella?
 ¡Pobre de usted! ¡Pobre de ella!

Sr. D. J. B.—Bilbao.—¡Oh, no! Gracias. No envíe usted más. Para nuestra hasta ese botoncito.

Sr. D. S. E.—Bilbao.—¡Y esos sonetos son los que hace el hijo mayor? ¡Dios mío! ¡Cómo los harán los pequeños!

Sr. D. A. Z.—Bien quisiera publicarla; pero ¡ay! lo he hecho ya con la firma de su verdadero autor.

Uno que empieza.—Por eso no sabe usted todavía qué en los romances sientan los consonantes como en un Cristo un par de pistolas.

Tromza.—Diez pesetas, ¿eh? ¡Gratis sería cara!

CONFIDENCIAS



—Hola! Has tenido que desempeñar la capita.
 —Y tú también, por lo visto.
 —No; ésta no es mía. Le he encontrado en el
 cuarto de mi mujer esta mañana.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
 Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8;

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se
 sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden
 hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de
 fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los tim-
 bres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquida-
 ciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no
 hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes
 siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL.

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINISIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFIADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo,
 que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no
 suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscrip-
 tores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas
 ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo,
 elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven bajo certificado, á vuelta de correo.